

Algo sobre los nombres propios. O. Completas VI 1

("Alrededor del mundo", Madrid, 13 junio 1901)

Siempre he creído que quien publicase un vocabulario etimológico de los nombres propios más usuales no perdería el tiempo que en ello emplease; quiero decir, que habría de convertir ese tiempo en dinero, pues á esto llamamos no perderlo en este mismo país en que se hace tiempo para matarlo. Interesaría á un Federico saber que su nombre significa «pacífico», á un Nicolás que es «vencedor del pueblo», á un Aniceto que es «invencible», etc.

Hubo un tiempo en que era más generalmente conocido este primitivo valor de los nombres propios y hasta influía en el modo de usarlos. Más de un lector habrá visto una de las firmas de Cristóbal Colón, que parece un jeroglífico.

Es así:

$\begin{matrix} P \\ \times \\ \end{matrix}$  ferens

El primer signo es el anagrama de Cristo, de que ya he escrito en otra ocasión en estas mismas columnas, y el *ferens* es el participio latino del verbo *fero*. Equivale, pues, el jeroglífico á «el que lleva á Cristo», «portador de Cristo», que no otra cosa significa en griego el nombre de *Christophoros*, de donde nuestro Cristóbal, y materializando el nombre, se llegó á hacer de San Cristóbal un forzado gigante, para que más cómoda y seguramente llevase á costas á Cristo. He aquí un curioso ejemplo de formación de mito á partir de un vocablo.

Otra cosa ocurría también con los nombres propios, y es que antiguamente los adaptaban y acomodaban más y mejor á nuestra propia lengua. Hoy se ha puesto de moda el dejarlos sin traducir, y se lee Paul de Kock, Henrik Ibsen, Paul Bourget, Max Nordau, Karl Marx, etc., como si no tuviésemos Pablo, Enrique, Máximo y Carlos. Pero es mejor que no los traduzcan á hacerlo como algunos lo hacen. Porque, francamente, de no traducir el Ivan ruso bien y llamarle Juan, vale más dejarlo en Ivan y no decir Ivano. En esto, quien llegó más lejos fué don Serafín Estébanez Calderón, que llamaba á Walter Scott Gualterio Escoto, faltándole poco para llamarle Don Gualterio Escoto. ¿Y por qué no? No veo la razón de que á un francés le llamemos monsieur, mister á un inglés y herr á un alemán, máxime cuando á todos les plantamos el Mr., sean de donde fueren. Y, francamente, de no llamarle á un alemán herr, vale más llamarle Don que no Mr., no nos digan que le traducimos del francés.

Nombres hay cuya adaptación á nuestra lengua se ha dejado olvidar. Así sucede con nuestros Fadrique y Recaredo, que no son, ni más ni menos, que los actuales Federico y Ricardo, resultando nuestro Recaredo II un Ricardo II, ó mejor, los Ricardos de otros países Recaredos en el nuestro. Otro caso es el de Filipo, que es sencillamente nuestro Felipe. Pero ni al de Macedonia le llamamos Felipe ni Filipo al del Escorial.

En esto de los nombres propios pocos habrán sufrido más alteraciones y más hondas que el de Luis, á partir del Hlodowig de los francos. Encontramos





le en las formas Chlodovicus, Clodovens, Clovis, Lodovicus, Ludovicus (Ludwig), y, por último, Luis. Hay rey Clodoveo, rey Clovis, rey Ludovico, rey Luis, y todos tienen el mismo nombre; varía sólo la época.

Otro de los nombres que más variedades presenta es el del viejo patriarca Jacob, latinizado en Iacobus. Lo encontramos Jácobo, en italiano Jácome (recuérdese el arquitecto italiano Jácome Trezo, que

ha dado nombre á una calle de Madrid), Jacme, el catalán Jaume, Jaime y por otro lado de *Sanctus Iacobus*, Sant Iacob—Sant'iago.

Más dilatada es aún la familia de los Franciscos, del mote que á Juan Bernardone ó Moricone, el de Asís, le pusieron por haber viajado por Francia y hablar francés. De Francisco tenemos Franco y Francho y luego (pasando por Fancho) Pancho con sus diminutivos, y Pacho con los suyos (Pachico, Pachito, etc.) Otra forma es Frasco (Fransco), y de éste Frasquito, Frascuelo, Frasquico, y de Frasquico, Quico. Del Franco ya citado, tenemos también Paco, y de ese el diminutivo Pacorro (cf. ventorro, cachorro, etc.), de donde salen Curro y sus derivados.

Puede decirse que las tres formas primarias son Franco Francho y Frasco, según que, perdiéndose la c suave y la s persiste, la c fuerte, ó cambia en ch bajo la influencia de la n (Franco-Francho) como en *mancha*, *concha*, etc., ó se pierde la n quedando la s. Todo ello deriva de la pérdida de la i (Francisco). No sería difícil, según estas observaciones, trazar un árbol genealógico de los Franciscos, Frascos, Frasquitos, Frasquicos, Quicos; Francos, Pacos, Pacorros, Curros; Franchos, Panchos, Panchicos y demás del linaje.

Sucede á las veces, que una vez diferenciado un nombre fonéticamente, llega á constituir dos nombres distintos. Tal sucede con Ramón y Raimundo, y tal en francés con François y Francisque.

Otros hay en que se ha perdido la antigua forma, y así nadie llama hoy Guillén á un Guillermo, habiendo pasado aquél á la categoría de apellido. Como á la categoría de apellidos han pasado Ochoa, García y otros, nombres primeros en un tiempo.

Otra de las curiosidades es la sinonimia, es decir, el que nombres distintos signifiquen lo mismo en distintas lenguas. Tal sucede, v. gr., con Teófilo y Amadeo, Eugenio y Benigno, Eulogio y Benito, etc.

Otra de las cosas dignas de notarse es la diferente manera como escriben su nombre diversas personas en ciertos casos. Hay, por ejemplo, quien se firma siempre Gerónimo con G y otros con J, y hasta hay quien dice: «los Jerónimos con G son otros». En rigor etimológico, debería escribirse con jota y no con ge. lo mismo que el apellido Jiménez, por provenir aquél de una I, *Ieronimus* y éste de una X, *Ximenez*, *Eximenez*, del nombre *Eximeno*. Hay también quien escribe Eriberto y quien lo hace con H, Heriberto (Heriberto Spencer); mas debiera tener en cuenta quien tal hace le planta, que no se la ponemos á Enrique, que por la misma razón parecía deber llevarla.

Y repito, volviendo á lo del principio, que no perdería su tiempo quien publicase un vocabulario etimológico de los nombres propios más usuales.

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USALES